

## LOS DÍAS DE LA PESTE

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

# LOS DÍAS DE LA PESTE

**OSAPLAI**

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

*A Liliana*

*A mis hijos, Gabriel y Joseph*

Todo, hasta lo más pequeño, muestra un orden, un sentido y un significado, todo en el mundo biológico es armonía, todo melodía.

JACOB VON UEXKÜLL,  
*Cartas biológicas a una dama*

UNO

[EL GOBERNADOR]

Lucas Otero se dirigió a la Casona escoltado por dos guardias, chicote eléctrico en mano. Llevaba el uniforme azul recién planchado, las relucientes botas negras con punteras de metal. Se desplazó con aire marcial por el camino de piedra pulida por el que se iba de la casa a la cárcel, ignorando a la gente que venía de visita y peleaba a gritos su lugar en la fila, los vendedores de artesanías y juguetes hechos por los presos, las caseras de los puestos de comida que ofrecían pollo asado y anticuchos. Cruzó el portón y el arco de la entrada bajo la mirada reverente de sus oficiales, en la explanada de palmeras de hojas alicaídas y verdeamarillas tres niños corrieron hacia él, uno con una lagartija moteada en la mano. Otero los saludó, Duque, Timmy, Ney, se estarán portando bien, sí Gober, estarán yendo al colegio, sí Gober, si no ya saben qué pasa, una carcajada violenta, cómo le gustaba esa sensación.

Una anciana de pelo ajustado en un moño con cinta verde le pidió con voz quebrada que la ayudara, mi hijo se muere en la Enfermería, quiso tocarlo y un guardia la golpeó con la culata del rifle. Otero se acercó a la anciana y la abrazó, atenderé tu pedido, mamita, ella se echó a llorar, que Ma Estrella se lo pague. Otero ordenó al Jefe de Seguridad Hinojosa que castigara la torpeza del guardia. Cómo no, jefe.

Krupa, el segundo de Hinojosa, le preguntó cómo estaba, jefe-cito, ¿durmió bien? Lo normal, el calor me despertó varias veces. Lo que mata es el calor, jefe, eso y otras cosas. Otero apoyó las manos en la hebilla metálica del cinturón, alzó la vista y descubrió bajo el sol destellante a los presos aglomerándose en el pri-

mer patio, en los escalones y en las galerías del segundo piso del edificio ante la vista de los guardias en posición de apronte, una multitud pendiente de él, almas dispuestas a cualquier gesto con tal de que escuchara sus penas y les diera mendrugos para tranquilizarse por unas horas. Ahora sí, estaba en casa. Era un rey de ese espacio finito, por más que cualquier rato llegara un comunicado del Ministerio de Gobierno recortándole el presupuesto y haciéndole ver que no pasaba de simple administrador de una prisión en Los Confines. De hecho lo que iba a hacer esa mañana provenía de una sugerencia del Juez Arandía, el cerebro de la administración provincial. Una forma de ganarse puntos ante él y el Prefecto Vilmos, porque si no lo hacía pronto llegaría la orden conminándolo a hacerlo. Ah, pero algún día verían.

Se detuvo a un costado del edificio e hizo una señal que llamaba a formarse a los prisioneros. Gritos, movimientos rápidos, empujones. Alrededor de mil quinientas personas buscaron sitio en el patio que antes parecía un mercado, con sus puestos improvisados para la venta de comida, papel higiénico, jabón. Pasar revista era una tradición iniciada con la fundación del penal, más de un siglo atrás. Una forma de contar a los presos, aunque nunca se llevaba bien la cuenta, pues no faltaban los privilegiados que negociaban quedarse en sus celdas y cuartos. Se pasaba lista todas las mañanas a las seis, pero también podía ocurrir a cualquier hora, cuando a Otero se le antojaba.

Los murmullos se acallaron. Se escucharon las campanas de la capilla católica, que el cura Benítez hacía repicar cada vez que Otero visitaba el penal. La ceremonia era una versión abreviada de la original. El Gobernador iba pronunciando nombres como al azar. El preso al que se llamaba debía romper filas y acercársele, inclinar la cabeza y esperar hasta que se le diera permiso de volver a su sitio. La ceremonia duraba todo lo que quería el Gobernador, a veces dos horas, otras cinco minutos. Si era mucho no faltaban los desvanecidos por el calor.

Hinojosa hizo una señal y de un costado surgieron dos guardias llevando un pesado arcón de hierro. Lo depositaron a los pies de Otero. El Gobernador esparció los contenidos en el suelo. Imágenes de la Innombrable en estampas y escapularios, cráneos de cerámica —de animales y de seres humanos— conocidos como santitas. Polvo amarillo, hongos laminados, frascos de sustancia violeta. No le interesaba pelearse con el culto de Ma Estrella, de hecho lo ayudaba a gobernar mejor el penal, pero tampoco quería que las autoridades dudaran de su lealtad.

¿Quiénes son los dueños de todo esto?

Alzó una efigie de cerámica de la Innombrable, una rajadura en la cabeza le atravesaba un ojo. Una mosca verde zumbó sobre la diosa. Nadie dijo nada.

Nadie es el responsable. Nadie, nadie, nadie. Nadie puede levantar la mano porque no hay un solo culpable. Todos ustedes lo son. Esto ha sido confiscado en la última revisión. Estaba a la vista, en mesas y altares. Bajo sus camastros, en huecos en las paredes y entre las piedras del piso. En las esquinas de los baños y los techos, ¡qué imaginación!

Un preso levantó la mano. Le faltaba un brazo y le decían el Niño. Chinelas y shorts, el tatuaje de un pulpo en el pecho.

¿Qué quieres, Niño? Anda, di algún comentario tonto.

Hay libertad de culto. Que sepamos, nada de eso está prohibido.

Otero jugueteó con el chicote eléctrico. El Niño tenía razón pero no podía dársela en público. Se sintió incómodo ante el papel que había elegido, de fiel guardián de las sugerencias del Juez Arandia.

Libertad pero sin exagerar. No permitiré que la Casona se convierta en una cueva de la Innombrable.

Injusto, dijo el Niño.

A quejarse a los Defensores del Pueblo. Vamos a ver si te hacen caso. ¿Cómo fue descuartizar a tus papás? ¿Qué sentiste?

El Niño iba a hablar cuando el chicote eléctrico se marcó entre sus costillas. Hubo olor a carne quemada, gritos, y un intento de abalanzarse sobre Otero, que retrocedió y esperó a que los guardias agarraran al Niño con firmeza para continuar hablando.

Una semana de confinamiento solitario, gritó, molesto consigo mismo por lo que acababa de hacer, un impulso que debió haber controlado. Llévenselo. Quemaremos las imágenes y habrá peores castigos si las vuelven a obtener. Nadie, nadie. ¿Van a seguir diciendo eso?

El guardia Vacadiez se aproximó a las efigies y escapularios, los juntó en forma de pirámide y los roció con alcohol. Acercó el chicote eléctrico al montón, dio una descarga y las llamas crepitaron. Se levantó una columna de humo, formando espirales en las que Otero creyó ver rostros de prisioneros ya desaparecidos, sus huesos pudriéndose en un cementerio de leyenda en las entrañas de la Casona. Ordenó que volvieran a sus celdas. Se persignó mientras a sus espaldas se desvanecían en el fuego las imágenes de la Innombrable.

[RIGO]

Nos habían metido a la Casona y no sabíamos el porqué. Por la noche nos arrestaron en la estación, a punto de tomar la flota después de haber predicado en plazas y parques de Los Confinos, como se lo prometimos a Marilia mientras se moría, y de nada sirvieron los gritos de inocencia ni los pedidos de explicación. Traspusimos el portón de entrada y fuimos llevados a una oficina con una foto enmarcada del Gobernador y afiches de películas de zombis, donde nos quitaron el carnet y confirmaron que nos llamábamos Rigo, como decía en el parte de detención. Se burlaron del nombre, le falta algo pues, una sílaba delante o atrás. Fuimos arrojados a un patio y un tal Krupa, piel cobriza y aires de oficial responsable, nos informó que dormiríamos allí a menos que pagáramos. Nuestra voz le dijo

es su deber darnos una celda y él se rio, por lo visto no conoces este lugar.

Tuvimos que quedarnos en el patio porque no había quivo y ya debíamos el peaje que se cobraba a los arrestados cuando ingresaban a la prisión. Unas treinta personas arracimadas contra las paredes, algunas en los escalones que conducían al segundo piso. Ronquidos, llantos, gruñidos, ayes. El cuerpo se recostó contra una fuente de piedra agrietada, demasiado inquieto como para intentar dormir. De un corte manaba sangre sobre la ceja izquierda, producto de los zarandeos con los polis. Los murciélagos sobrevolaban el patio, zumbando agitados con su patagía cerca de nuestra cabeza. Grandotes y hocicudos, recordaban a los del hospital de aves, que los doctores a veces operaban pese a que no eran aves. Eso sabíamos, los murciélagos eran mamíferos. Entre vuelo y vuelo descansaban en las paredes y aleros del techo del edificio principal, incomodándose entre ellos, creando un manto negro que se alargaba sin descanso y se movía y respiraba. No nos dimos cuenta cuando el cuerpo se durmió, rogando que el arresto no tuviera nada que ver con el hecho irrevocable de que habíamos sofocado a Mari- lia con una almohada antes de partir rumbo a Los Confines. Sus gemidos eran compañía. Debíamos tranquilizarnos, lo ocurrido en una provincia no se sabía de inmediato en otra.

Despertamos, la sangre del corte reseca en torno al ojo. Temprano por la mañana, el sol limpiaba el patio. Caminamos medio mareados, descubrimos a un hombre alto y flaco con un mandil de enfermero.

Doctor, doctor, llamó la voz, y el hombre respondió, sí, el mismo. Señalamos el corte, y nos pidió que lo siguiéramos por pasillos estrechos a un segundo patio de baldosas resquebrajadas y luego a un cuarto en el segundo piso. Los ojos vieron a una mujer cambiando los pañales de una wawa en un camastro. ¿Qué hacían ellos en la cárcel?

El hombre sacó una venda de un cajón, la puso sobre la herida y la pegó con cinta aislante. Ya está, se puede ir. ¿Es todo? Es todo, sí. ¿No hay que desinfectar la herida? No se enrolle, es poca cosa, ¿Cómo me dijo que se llamaba? Rigo, pero no le dijimos nada, ¿y usted? Me llaman Flaco por aquí. ¿Y en otras partes? También. No supimos si reír.

Tuvo una mala noche, el Flaco habló al ver que no quitábamos la vista de la wawa. Se la pasó vomitando y con diarrea. Un rato le salían líquidos por todos los orificios. Le he dado remedio para que se le pase y nada. Por suerte se ha dormido.

Gotas de sangre seca en las sábanas. La wawa pálida.

No se ve bien, dijo la voz.

Ya volverá su luz. Carito es resistente.

¿Qué hicieron ellos para estar aquí?

Nada. Queríamos seguir viviendo juntos. Con un poco de quivo se puede todo en la Casona.

La cabeza no le entendió. El cuerpo cansado, la voz prefirió no preguntar más.

Los pasos se alejaron del cuarto y la luz del día golpeó, intensa. Nubes deshilachadas salpicando la serena inmensidad azul del cielo.

Un gemido y nos sobresaltamos, seguros de que Marilia estaba detrás de nosotros.

Nada, solo la puerta de un cuarto que se abría.

La mirada se posó en una imagen en la sombra proyectada en la madera. Desapareció de inmediato. Travesuras del Maloso. Nos atragantamos. Lo hicimos por su bien, para aliviarla de su dolor. Lo cual no quitaba que habíamos hecho algo bueno-malo y que por eso la piel no estaba del todo tranquila.

[EL FLACO]

Esa mañana el Flaco salió a hacer sus rondas por los patios de la Casona. Los arrestados de la noche anterior estarían durmiendo

en el primer patio y en las escaleras que daban al segundo y tercer piso, y los pacos rogarían entre bostezos que alguno tuviera billete, para exprimirlos y justificar la larga noche de turno. Arrestados de los que ni siquiera se enteraba el Gobernador, que entraban y salían por el portón principal después de pagar el peaje y estarse unas horas sin hacer nada. Había quienes se quedaban para siempre porque no tenían billete o nadie los reclamaba o descubrían que el lugar no estaba mal. El Flaco también conseguía unos pesos y así lo hizo con los dos primeros que se le acercaron, brutalmente golpeados, con rasguñaduras en las mejillas y moretes en los brazos. El tercero que le tocó atender tenía un corte leve sobre un ojo y lo curó rápido porque quería volver a sus rondas pese a que Carito lo preocupaba. Su mujer se haría cargo, él no podía permitirse una mañana libre. Había llegado a la prisión hacía un par de años, sin saber nada de medicina, y aprendió a atender a los presos a la fuerza, para ganarse la vida. Un recluso que era su vecino le vendió un estetoscopio antes de partir, y él se lo colgó al pecho y eso le dio seriedad. A veces se inventaba diagnósticos, confiado en que unas palabras bastaban para tranquilizar a sus pacientes, aunque no faltó la golpiza propinada por el hermano de una mujer a la que no reconoció a tiempo una peritonitis, con la amenaza de matarlo si seguía ejerciendo de médico. Por eso trataba de meterse solo con los nuevos.

[SABA]

Despertó esa mañana con el cuerpo adolorido, abrazada a Carito. La garganta le raspaba, las articulaciones estaban hinchadas y una debilidad general le impedía ponerse a hacer cosas en el cuarto, atarearse como le gustaba. Cualquier rato caería enferma si no lo estaba ya. Quizás Carito le había contagiado algo. Tanto vómito por la noche, de no creer. El Flaco minimizó el asunto, es un poco de temperatura, se le pasará, pero a ella le parecía que empeoraba desde que aparecieron los primeros síntomas, dos días ya. ¿Y la

sangre qué? Ah, apenitas. Sí, un poco, pero también diarrea, temblores y un llanto de esos que pegaban las ánimas intranquilas.

Debía ir a El mapache sin botas, faltarse sin permiso le podía costar el trabajo. Aunque no sabía. El otro día los corderos destazados que trajo la dueña del restaurante le parecieron sospechosos. Corrían rumores de que en un lote cerca de la prisión se había encontrado un montón de colas de perro y que negociantes de mala conciencia hacían pasar perros como corderos para venderlos a restaurantes. El mapache sin botas era el mejor restaurante de la Casona, pero últimamente había habido quejas de los clientes acerca del sabor de la carne. Desde entonces Saba soñaba con perros con cabeza de carnero y borregos que ladraban.

Volvió a hundirse en el colchón, envuelta entre las sábanas, creando un hueco cálido y protector para Carito. No quería despertarla, por fin había caído dormida en la madrugada, después de que los vecinos vinieran a quejarse, que al menos cerrara la ventana. Le tocó el lunar debajo del ojo izquierdo. Más que lunar una verruga, pero ella lo pintaba con un lápiz negro y eso escondía el defecto.

Qué ganas de quedarse. El Flaco no le tendría pena. La acusaría de floja, debía ayudarlo a ganar tela. Tenían ahorros y con un poco más podrían cambiarse a una mejor sección, un cuarto más grande con baño privado, quizás un departamento de dos habitaciones en el primer patio, demasiado esfuerzo por las noches para que sus vecinos no escucharan nada a la hora del ñaka, a ella que le gustaba gritar tanto.

Saba no quería un cuarto más grande, decidió esa mañana entre dolores, mirándose en el espejo desconchado que colgaba en una pared, aunque reconocía la tentación de un baño privado. En el primer patio hasta agua caliente tenían, mientras ellos debían ir al baño público de la sección y comprar baldes de agua para lavarse. Ni qué decir de las suciedades nocturnas. Ya que estaba, para qué soñar con un mejor espacio en la prisión si

se podía imaginar más fácilmente la libertad. Quería salir de la Casona y llevarse a su hija. No había hecho nada, solo estaba ahí para acompañar al Flaco. Él también decía no haber hecho nada, pero todos sabían que sí. Había envenenado al primer marido de Saba por culpa de la locura de amor que los entercó. Esa locura que ya no los visitaba. Ella estaba convencida de que nunca llegaría a irse con el Flaco porque a él le faltaban seis años de su condena y además no tenía ninguna intención de pagar para que se la acortaran. Tampoco se acercaba a los Defensores del Pueblo que venían los domingos y ofrecían hacerse cargo gratis de ciertos casos. De hecho al Flaco le gustaba la vida en la Casona.

Mientras se vestía y arrullaba a Carito, que había despertado y agitaba los brazos desconsolada, Saba concluyó que, a diferencia del Flaco, ella odiaba la Casona. Carraspeó, y una tos metálica la sorprendió. Una tos que no parecía de ella. ¿Qué sería? No, no había hecho nada y el Flaco no la había inculpado. Era consciente de que afuera podría tener más opciones. Carito, por ejemplo, podía haber sido mejor atendida esa mañana. Tranquila, nena, todo estará bien. Ahora, en cambio, debía pedirle a su vecina que se quedara con Carito mientras ella iba a trabajar. Saba misma podía haberse quedado en cama. El dolor de cabeza le nublabla la vista.

[KRUPA]

Después de que se fuera el Gober, Hinojosa me pidió que llevara a los del cuarto patio a sus celdas. A sus órdenes, jefe. Los acompañé junto a tres de mis audaces. 43 caminaba con la cabeza gacha y los ojos cerrados porque la luz le hacía daño dizque. Apenas entramos al patio donde estaban las celdas del confinamiento solitario, Oaxaca se puso su manopla y le dio uno bien dado. 43 se arrodilló llevándose las manos al estómago y Oaxaca lo tiró al piso de un empujón. Déjenme solo con él,

gritó, y lo encerró en su celda cric crac le dio con el chicote eléctrico, uyuyuy. Vacadiez se puso a sacarle fotos y filmarlo por entre los barrotes y 43 se quejó del brillo de la cámara, el flash le nublabla la vista, sus ojos bien sensibles estaban. Sensibles, mis pelotas. Cómo gritaba. Ayer yo había encontrado a Oaxaca meándolo. Esta basura se merece esto y más, exclamó. No le respondí porque tenía razón. 43 tenía los días contados. El padre del chico abusado me acababa de dar el adelanto para que me encargara de limpiarlo.

Estaba en esas ensoñaciones cuando el Gringo se desplomó al entrar a su celda. El Niño se acercó a verlo y yo lo aparté de un empujón.

Levántate campeón, te voy a dar un dulce de premio. ¿O te la meto doblada? Alegrate que me agarrás sin ganas de ñaka, Gringo.

No puedo más, Krupa.

Le di la vuelta jalándolo de su melena rubia.

¿Cómo que Krupa, carajo? Para ti soy señor Krupa.

Éramos tan amigos, me lloró, hasta socios.

Esto te pasa por hacerte el vivo, carajo.

Tenía una cara de susto que me hubiera dado pena en otro momento. Devolvés el billete que nos has robado y charlamos, dije. Se quedó callado. Anudé un alambre en torno a su cuello y se lo apreté hasta que se puso bien rojo. Lo dejé tirado y Vacadiez le sacó una foto, la garganta morada, la marca del alambre como un collar en la piel. Lo ayudé a levantarse, dio un par de pasos y se dejó ir chas chas la cabeza contra el piso.

Déjeme, señor Krupa, se acarició la mejilla rasmillada, que vengan a comerme los buitres.

No hay buitres por aquí.

Sabe a qué me refiero.

Te vas a joder bien entonces.

Mis campeones y yo salimos del cuarto patio.

[LYA]

Lya entra al cuarto con Luzbel en brazos y haciendo sonar sus pulseras.

Luzbel se le escurre, husmea en el basurero de la cocina, hace caer la tapa con su hocico y saca una pata de pollo con su garra afilada.

Suelta eso, te vas a morir.

La gata se mete bajo la mesa llevándose la pata.

Después no te quejes, carajita.

El Tiralíneas mira a su sobrina molesto por su lenguaje, cuántas veces te he dicho, modales, modales, y deposita diez bolsitas sobre la mesa.

Lya se cambia de blusa y alza las bolsitas.

No quiere seguir en el bisnes con su tío pero es más fácil que cuidar wawas.

Dos noches atrás se hizo cargo de Carito, la wawa del Flaco y Saba, y juró no volver a hacerlo.

Qué manera de llorar-cagar-vomitara, terminó bien manchada y oliendo a pis y caca.

Le dice a su tío que se cambie, todo el día con su buzo mugroso, si no se hace cortar el pelo ella misma se lo cortará, y sale del cuarto.

La brisa la refresca, ese vientecito que llega sin aviso es lo mejor del otoño.

Una lágrima el verano, el aire pesado y caliente se estaciona en la prisión y hay insomnios y dolores de cabeza.

Busca a Glauco, que a cambio de unas monedas la acompaña a cruzar sin incidentes los pasillos que separan el segundo del tercer patio.

Lo encuentra asoleándose en la esquina donde los presos se ofrecen a trabajos de varia invención, sudoroso, la papada prominente, el gancho de metal bajo los labios, un cuchillo tatuado en una mejilla.

Lya lee los letreros de cartón que cuelgan de sus cuellos, plomero serrajero limpio pizos.

¿Limpian pizos los serrajeros, son de plomo los que limpian pizos, usan sierras los plomeros?

Glauco no tiene un letrero y Lya imagina que debe ser difícil escribir guardaespaldas extorsionador ajustador de cuentas.

¿Lo mismo de siempre, niñita?

Lo mismo, señor Glauco.

Ya pues, no me digas señor.

Okey, señor.

Se encaminan a un pasillo telarañado y laberíntico, cruzan al lado de celdas estrechas conocidas como Chicles, donde viven hacinadas entre quince y treinta personas.

Se escuchan gritos provenientes de un Chicle, Lya se asoma y ve coger a dos hombres, un grupo en torno a ellos ríe y aplaude.

Glauco no para de insultar a Hinojosa y a Krupa, Lya no entiende el porqué, él habla rápido, las palabras se pierden en medio de sus resuellos, y tampoco importa, ¿no?

Lo deja desahogarse, hipócrita, qué te haces, si ellos te buscan cuando necesitan ayuda con sus cochineras.

En el tercer patio los ataca el loco de las bolsas.

Glauco es más fuerte que él y le lleva una cabeza, pero el loco lo toma por sorpresa.

Coge del cuello a Glauco y lo rasguña.

Glauco se recupera, empuja al loco y lo hace caer.

Se abalanza sobre él y le rompe la polera.

Lo agarra a puñetazos, partiéndole un diente, y le grita a Lya que corra.

Ella solo se siente a salvo cuando llega al tercer patio.

Trata de recuperar el aliento y descubre que ha dejado caer un par de bolsitas.

¿Volver, no volver?

Será para nada, Glauco ya ha debido levantar las bolsitas y dirá yo no fui.

O quizás se las llevó otro, en la cárcel todo se pierde y cuando alguien pregunta por algo la respuesta es yo no fui, fue la Casona.

Se resigna, fue la Casona, ¿y ahora?

Está jodida, el Tiralíneas no le creerá.

La hará trabajar horas extra para compensar la tela perdida.

Es más lo que debe que lo que gana, él la multa si se retrasa en las entregas.

La furia se le acumula, electriza todo el cuerpo y pugna por salir.

Aprieta los puños hasta que la sangre se agolpa.

Aprieta los dientes hasta que le duelen.

Cree odiar en ese instante, aunque no está segura.

Lo llama odio por nombrar lo que siente, pero qué sabe.

El impulso no se dirige a nadie en especial, ni siquiera a la imbécil de su madre, que la dejó sola en la estacada, o a su tío, a pesar de los méritos que hace.

Los ruidos de la Casona se van desvaneciendo, uno por uno.

Se va el griterío de los presos cuando juegan al fútbol en el segundo patio.

Se van las órdenes de los pacos llamando a detener una pelea, las voces de las mujeres ofreciendo sándwiches en los puestos que improvisan cerca de la entrada, el murmullo de los chiquillos cuando cruzan el portón y van al colegio, el crujido de las murallas, que hace creer a muchos que el edificio habla, el canto de los pájaros que se posan en las palmeras de la entrada y en los palos borrachos de los patios, el zumbido de los mosquitos, el ladrido cansino de los perros.

Todo ruido rebota contra una campana de vidrio que la protege, y ella no oye nada. La escena se paraliza, y puede comenzar a moverse en torno a esa escena.

Volver sobre sus pasos, descubrir que las bolsitas no están más, fijarse en esos hombres que están a punto de pelear, y extrañar la vida en casa del Gobernador.

Como Saba, Lya vivía en la prisión sin haber cometido ningún delito.

El del delito es su tío, que hace un año, cuando ella se escapó del cuarto que compartía junto a su madre, Usse, en la casa del Gobernador, le dio cobijo en su celda.

Solo por un par de meses, rogó ella, hasta que me componga.

Quizás Lya no se compondría nunca, quizás estaría mal de la cabeza para siempre.

Glauco le dará una golpiza al loco de las bolsas.

Es como para tenerle pena, el loco jode pero no tiene fuerzas para defenderse.

Es un enclenque, se le ven las costillas, el cerebro quemado por tanto tonchi, sus músculos bazofia pura.

Pobre loco de las bolsas.

Pobre Glauco.

Pobre ella, suspiró.

La campana se quiebra, regresan los ruidos, todo vuelve a moverse.

[EL LOCO DE LAS BOLSAS]

Lunita, dame platita, lunita, dame chiquita. En un baile la chiquita lo extrañó. La luz fugaz, la historiación, un melón, qué dolor. No te escapes, lindura. Qué rápida. No me pegues, cabrón, Glauco, te dije que no, ya verás, mierdita. Ahora me voy, no me lo repitas. ¿Cómo no saberlo yo? Voy a dar las órdenes en la Casona y ellos no serán más los jefes, porque no tengo compromisos ni con ellos ni con el Gober ni con el Prefecto, que está últimamente hecho el tigre dando las órdenes, que es el más capingo, y menos con el presi, que vive tan lejos, casi en otro país. Basta, basta, plis, soy mano sellada, te

puedo matar de un puñetazo. ¿No sabes quién soy? También me he cansado de tantas mentiras, de no serte fiel. El loco de las bolsas da las órdenes por aquí. En la cara no, carajo, y sin escupir, ya tranquilo hermano, no es pa tanto. Mis dientes, mi lengua, ¿me la mordí? Ay, me zumba todo. El loco hace mucho que vive de coimas. Andate nomás, mierdita, me tienes miedo. Voy a llamar al Ejército y la industria, las acciones criminales indígenas han resultado de cierta perversidad congénita en complicidad con el medio ambiente, la transformación de los indígenas en bestias de carga. Me has roto un diente, hijo de las mil putas. Soy mi qué, figura y alma de la ira. Me has roto una bolsa, bien caras son, me las has manchado de sangre. Te jodiste, Glauco. Te voy a buscar. Ya no te puedo querer, no, no, mi cariño se acabó, sí, sí. Culpa mía. Porque a mí me encalabozaron por asesinato. Se pagó harta tela por lo mío. Cuarto patio, cuarto patio. Solo la Jovera me comprende. Viene por las noches y se echa a mi lado, se quita sus zapatillas de ballet bien mugres y sus anillos de latón y me lame la oreja y el cuello, se está bien así, y más abajo me hace otras cosas hasta chisquetear, además me compra tonchi, no lo probé nunca antes de entrar aquí, hace tanto ya, ni siquiera era el loco de las bolsas cuando llegué, y fue porque en las noches no quería mojarme cuando llovía y como se me habían roto los zapatos y andaba patapila una vez me cubrí los pies con bolsas y santo remedio, y luego bolsas para las manos, porque también se mojaban cuando llovía, y a veces una bolsa para la cabeza, que se mojaba aún más, pero me quedaba sin respiración y entonces hacía agujeritos a la altura de la nariz los ojos la boca. Ay, qué dolor. Cuando lo veo jugar. Niña, tu culpa. Te jodiste, Glauco. Ya no te puedo querer, no, no, mi cariño se acabó, sí, sí. Porque el Tatuado se contentó con pasearse por todas las calles y plazas de la población y su gente le lanzaba vivas, risibles por la entonación y por el modo de pronunciar

las palabras, gritos guturales de esas fauces secas y alcohólicas resultaban, en vez de expansiones de contento, insultos, y las familias no podían considerarlo como su salvador, era un enemigo jurado de la raza blanca, por temor arrojaban flores desde los balcones. Cuando no era yo fui el loco y amé a Zulema Yucra antes de que se hiciera famosa con sus canciones de a luca, no, no, pero nadie me cree, sí, sí, gran circo gran señores, con la famosa cabra hipnotizadora, funciones para toda la familia, no deje de asistir. La mantera de felicidad. Gran circo gran señores. Cansa ser el jefe, señores. Cansa aceptar coimas. Con la famosa cabra hipnotizadora. Mi persona necesita medicina, funciones para toda la familia, haré trámites con los excelencias, no deje de asistir, pero dirán que yo soy el jefe, gran circo gran señores, que yo mismo me consiga la medicina, ilegal.

[RIGO]

Estábamos sentados en un banco del primer patio, tratando de entender qué era lo que acababa de pasar con la visita del Gobernador, preguntándonos si podíamos hablar con él para pedirle la libertad, cuando los ojos vieron a un grupo de presos atacar a un rengó que pedía limosna con un mono mecánico que tocaba el tambor. Una gorda sacó un cuchillo. Amenazaba con usarlo si el rengó no le entregaba una lata con monedas. ¿Una presa con cuchillo? ¿Dónde carajos estaba?

La voz preguntó qué pasaba.

¿Y tú quiecito eres?, habló uno del entorno de la gorda, las orejas dilatadas.

Rigo. Somos nuevos aquí. Váyanse, por favor.

¿Somos? Solo veo una persona.

Cada uno de ustedes también son muchos. Solo que no lo saben.

No me vengas con huevadas. Cobramos una deuda, eso pasa.

Una deuda que no existe, señaló el rengó. No provoquen a la Innombrable.

La Innombrable mis pelotas.

La gorda se dio la vuelta y dijo quién te crees tú, protector de los inocentes, y se nos abalanzó. El cuerpo la eludió con un movimiento rápido. La herida sobre la ceja ardió de dolor. El dilatado se rio y alzó el mono mecánico.

Mi mono no, gritó el rengó.

Al menos no le pongas falda. ¿Qué es eso, carajo?

No queremos pelear, dijo la voz. Está bien, han ganado. Ahora déjenlo en paz.

La tela y nos vamos.

Roban, y como están en la cárcel no se los puede enviar a la cárcel. El fin del mundo no tendrá piedad de ustedes y los enviará a un anillo del infierno.

La gorda nos puso el cuchillo en el cuello. Mencionó que la llamaban la Cogotera, que estaba en la Casona por robar a taxistas y degollarlos, fueron más de quince. A partir de ahora debíamos pagarle un seguro de vida, cinco monedas cada día.

Todas las mañanas pasaré a buscarte y si no tienes el quivo verás lo que te pasa.

La Cogotera y su grupo se fueron con las monedas. El dilatado tiró el mono contra la pared. Nos acariciamos el cuello mientras el rengó revisaba su mono.

Más vale que cumplas, dijo, está hablando en serio. Gracias por la ayuda pero no te debiste meter. Me dicen el Tullido, bienvenido.

Extendió la mano. Hubo un saludo y una despedida. Buscamos a un paco para hacer la denuncia y que al menos decomisaran el cuchillo.

[EL TULLIDO]

Maldijo la aparición de la Cogotera. La lata vacía, sus monedas idas, su mono con desperfectos, una pena, esa mañana era

bien. Buen tipo el que lo había ayudado. Pero igual, lo que necesitaba era todos los días un poco de ahorro, tela y más tela para salir del Chicle, tela y más tela para salir del bote, bien difícil es, como subir una cuesta empinada empujando una roca. A punto de llegar alguien me empuja, alguien me roba, a comenzar de nuevo.

Su sueño: el cambio de la pierna coja. Entre pacos y presos montaron un negocio clandestino de compra y venta de prótesis ortopédicas. En el cuarto de Solange en el tercer piso del segundo patio podías escogerte piernas y brazos metálicos de segunda o tercera mano, te los instalaban ahí mismo. Algunos clientes se quejaron, las operaciones no eran buenas, los cuerpos a veces rechazaban esos brazos y piernas, el remedio peor que la enfermedad pues, pero los pacos, presos y médicos metidos en el bisnes deslindaban responsabilidades. Bien bonito, el deslinde. El Tullido había visto a Sisinia, a la que le insertaron un brazo nuevo, convulsionar y quedar convertida en un estropajo, había que llevarle comida a la boca. Eso le dio tembleque. Igual lo ganaba la tentación de una mejor pierna. La de ahora le dolía mucho. Cansado de su renguera, de arrastrarse por la Casona con una muleta a cuestas. Quería caminar bien y para eso debía ahorrar pues. Arriesgarse a otro robo de la Cogotera. A que saliera mal la operación. Le iría de maravilla, estaba seguro. Ma Estrella lo acompañaría. Para eso debía cumplir con su promesa de ofrendarle la estatua más grande del penal. Debía insistir con Antuan, era de lejos el que mejor tallaba la madera. Antuan le pediría un adelanto, pero el Tullido no tenía para la estatua y para reemplazar su pierna. De una en una, de una en una. El asunto: cuál primero. Ya vería cómo solucionarlo. Propondría una colecta entre los presos de su sección. Eso para la estatua y no para su pierna. Sus ahorros para su pierna. Ay, pero qué bien quedaría.

[VACADIEZ]

Vacadiez acompañó a los presos del confinamiento solitario a sus celdas y una vez que entraron a los empujones y chicotazos, se fue sin dirigirles la palabra a Krupa y Oaxaca. Golpeaban a los reclusos, hacían su agosto en el cuarto patio. Eso no lo había aprendido en la Escuela de Policías. Cuando llegó a la Casona lo obligaron a picanear a un reo, su bautizo, decían. Desde entonces fingía que formaba parte del apaleo. A ratos quería renunciar. Otros, jugar a héroe: estuvo tantas veces a punto de pedir una cita con el Gobernador y denunciarlos, tenía pruebas, fotos en su celular. No lo hacía porque sospechaba que el Gobernador también era cómplice y porque, había que aceptarlo, la indignidad solo persistía hasta que le entraba el billete de sus negociados con la Enfermería y con Lillo. De modo que lo mejor era aguantar todo lo que fuera posible, hacerse de buen quivo y luego pedir su traslado o renunciar, no sería el primero, nada desgastaba tanto como ser paco. Bueno, probablemente ser preso desgastaba más, hizo una mueca burlona.

En el trayecto se le acercó el loco de las bolsas. Fuking loco revirado con caca en la cabeza. Lo conocía de antes, de cuando iba por calles y plazas anunciando las funciones teatrales, ¿y eso con qué se come? Iba bien vestido, era de familia billetuda y su mamá le planchaba las camisas y lustraba los mocasines. Decían que era actor y lo llamaban Mil Caras por su habilidad para encarnar a personajes famosos e imitar acentos. Mil caras mis huevos, quizás seis o siete a lo más. Cuando Vacadiez era un simple varita le daba pena verlo deambular por las calles del centro, cada vez más maltrecho, adicto al pegamento, y le compraba pan y plátanos, pero en la Casona odiaba que no lo reconociera, que no tuviera el más mínimo respeto al uniforme. No solo él, casi todos los presos mascalmoahadas. Cualquiera rato se iría, maricas, todo el día ñakeando, vomitivo.

Uyuyuy, le gritó el loco de las bolsas. No me jodas, loco de

mierda, yo no soy ellos. Fuera de aquí hasta contar tres. Tres uyuyuy. Uno. Uno uyuyuy. Dos. Dos uyuyuy. Tres. Tres uyuyuy.

Vacadies quiso darle uno pero se contuvo. La Casona no lo ganaría. Le dio la espalda. El loco mascullaba insultos.

[SABA]

Había salido al patio después de dejar a Carito con la vecina y se dirigía rumbo a El mapache sin botas cuando se le aflojaron las piernas y se desplomó.

Tirada en el suelo, entreabrió los párpados heridos por tanta luz, tanto cielo desnublado. La gente se agolpó en torno a ella, escuchaba voces pero no podía hablar, tenía la garganta atenzada y le costaba respirar.

Vio la cara de un paco y se tranquilizó. Era Vacadies. Se echó sobre ella y le golpeó el pecho, cuál sería su cara para que él tuviera el ceño tan fruncido.

Dónde se escondía el Flaco cuando se lo necesitaba.

Vacadies dijo que había que llevarla a la Enfermería y ella quiso gritar allá no, pero las palabras se negaron a salir de la boca. Circulaban tantas historias nefastas de la Enfermería. Decían que los que entraban allá jamás salían vivos. Que la gente rica del pueblo pagaba para conseguir los cráneos humanos que requería el culto de la Innombrable porque eran más efectivos que los de animales, y que un mercado negro manejado por los doctores se encargaba de conseguir y vender a las santitas. Si se trataba de una muerte natural o por accidente o asesinato dentro de la prisión no había problema, se sabía que los cuerpos que eran enviados al crematorio a las orillas del río nunca llegaban intactos, les faltaba el cráneo. Otra cosa era, sin embargo, matar a una persona para hacerse con su santita. Eso contaban de la Enfermería.

Saba sintió que su estómago explotaba y una sustancia aguanosa evacuaba su cuerpo por el culo.

[GLAUCO]

Con los nudillos adoloridos de tanto golpearlo, Glauco se desentendió del loco. Por suerte ya tenía las monedas de Lya. Fue al tercer patio y ella ya no estaba por ahí. Se metió en la carpintería de Antuan y se sentó en un taburete al lado de él, que trabajaba limando sus trompos de colores vistosos y con círculos de pedrería refulgente. Por las tardes, Antuan se acercaba a venderlos al portón de la Casona, donde una cola viboreante de gente lo esperaba: querían regalos para sus hijos, adornos para la casa, una efigie en miniatura de la Innombrable. Los pacos se ganaban una comisión no solo de la venta de los trompos sino de los camiones de juguete, las sillas, los armarios que fabricaban otros presos.

Antuan andaba tan concentrado que ni siquiera lo saludó. Glauco se distrajo con el abarrotamiento de objetos en el recinto, los tablones apoyados en una esquina, el suelo alfombrado de aserrín con cajas y trabajos a medio hacer, entre los que sobresalían las efigies de la Innombrable de diversos tamaños y colores que le encargaban los reclusos y la gente del pueblo. Apoyados contra las paredes, los muebles con vitrinas en las que relucían los trompos de Antuan. De cada modelo nuevo que hacía se quedaba con uno para su colección. La Cogotera le había ofrecido a Glauco aprovecharse de su amistad con Antuan para robar esos trompos y venderlos en la ciudad. A Glauco lo tentaba. Krupa también le había dicho que le tenía un bisnes. A ver qué se traía entre manos ese malagüero.

¿Me regalas un trompo? Me encantan.

Antuan torció el labio con desinterés, sin quitar la vista del trompo que lijaba.

¿Qué hiciste con el que te di la otra semana, Glauco? Bien abusivo eres.

Lo he vendido. De algo hay que vivir pues.

Antuan sacó un trompo negro de un cajón de madera a sus pies y se lo entregó.

Uno más colorido, plis. Este te ha salido un cualquiera.

Tampoco es todas las semanas hasta que aprendas.

Glauco metió la mano en la caja hasta encontrar un trompo de colores atigrados.

Ese es para un contrato, Antuan estiró la mano y quiso detenerlo. Se pasó la lengua por los labios, nervioso.

La Cogotera me ha dicho que no has donado esta semana, mejor no me jodas.

No pienso volver a donar. Ya he hablado con las autoridades.

Las autoridades. Cómo me río. Yo que tú me preocuparía.

Glauco se llevó el trompo atigrado.

[ANTUAN]

Terminó de pulir el trompo que le había encargado el Flaco para su hija Carito, tan wawita, no le serviría de nada, y se reafirmó en su convicción de que no volvería a pagar la cuota semanal que pedía la Cogotera para la seguridad, a pesar de los riesgos. Pagaba desde que los guardiolas de la delegada lo metieron a una celda y lo picanearon. Lo retuvieron durante dos días, y después no lo dejaron dormir durante una semana y lo forzaron a lavar la ropa de la delegada a punta de batazos. Fue cumplido con las cuotas abusivas del seguro de vida, hasta que no pudo más y en una de las reuniones de la sección se quejó entre lágrimas de los robos constantes. Como pagaba e igual les robaban a él y a los demás, les pidió que se pusieran fuertes y denunciaran los asaltos y no dieran más tela. Un gordo que había cumplido cinco años en la sección le dijo que le fallaban las neuronas, cómo pues denunciar a la Cogotera a los pacos si ellos reciben su comisión. Antuan se fue sin haber logrado que nadie lo apoyara. Igual no cedería.

Compró carne para el almuerzo en un quiosco. Llevaba un sobretodo negro, sucio y raído. No se lo sacaba ni en los días más soleados desde que durmió con él bajo el puente junto a un grupo de cogoteritos. Antuan se había ido de casa después de